LIBROdot.com

# José María Gabriel y Galán
# NUEVAS CASTELLANAS

índice:

Las repúblicas
Los sedientos
Treno
El barbecho
Noche fecunda
¡Trisca, vaquerillo!
¿Qué tendrá?
Las sementeras
Canto al trabajo
Mi música
La montaña
Un don Juan
Los dos soles
El arrullo del Atlántico
La balada de los tres
Ana María (Fragmentos de un poema)
A correo vuelto (Al poeta José Rodao)
La «Galana»
El amo
Canción
Dos nidos
La tregua

==========

## LAS REPÚBLICAS

I

He admirado el hormiguero
cuando henchían su granero
las innúmeras hormigas.
He observado su tarea
bajo el fuego que caldea
la estación de las espigas.

Esquivando cien alturas,
y salvando cien honduras,
las conduce hasta las eras
un sendero largo y hondo
que labraron desde el fondo
de las lóbregas paneras.

Y en hileras numerosas,
paralelas, tortuosas,
van y vienen las hormigas...
La vereda es dura y larga,
pesadísima la carga

y asfixiantes las fatigas;

mas la activa muchedumbre,
sobre el hálito de lumbre
que la tierra reverbera,
senda arriba y senda abajo,
se embriaga en el trabajo
que le colma la panera.

Son comunes los quehaceres,
son iguales los deberes,
los derechos son iguales,
armoniosa la energía,
generosa la porfía,
los amores, fraternales.

Si rendida alguna obrera
por avara no subiera
con la carga la alta loma,
la hermanita más cercana,
con amor de buena hermana,
la mitad del peso toma.

Nadie huelga ni vocea,
nadie injuria ni guerrea,
nadie manda ni obedece,
nadie asalta el gran tesoro,
nadie encienta el grano de oro
que al tesoro pertenece...

He observado el hervidero
del innúmero hormiguero
en sus horas de fatigas...
Si en los ocios invernales
sus costumbres son iguales,
¡son muy sabías las hormigas!

II

He observado la colmena
al mediar una serena
tarde plácida de mayo.
La volante, la sonora
muchedumbre zumbadora
laboraba sin desmayo.

¡Qué magnífica opulencia
la de aquella florescencia
de los campos amarillos!...
Madreselvas y rosales,
agavanzos y zarzales,
mejoranas y tomillos...

Todo vivo, todo hermoso,
todo ardiente y oloroso,
todo abierto y fecundado:
los perales del plantío,
los cantuesos del baldío,

las campánulas del prado...

Y en corolas hechiceras,
y en pletóricas anteras,
y en estilos diminutos,
y en finísimos estambres,
van buscando los enjambres
las esencias de los frutos.

Y los finos aguijones
en robadas libaciones
van llevando a los talleres
lo mejor de la riqueza
que vertió Naturaleza
por los términos de Ceres.

Zumba el himno rumoroso
del trabajo fructuoso
con monótona dulzura:
las obreras impacientes
salen y entran diligentes
por la estrecha puerta obscura.

Las que dentro descargaron
las esencias que libaron,
palpitantes aparecen,
vuelo toman oscilante
y en la atmósfera radiante
volteando desaparecen.

Las que tornan presurosas
con sus cargas deliciosas
de ambrosías y colores,
no parecen volanderas
juiciosísimas obreras,
sino aladas lindas flores.

No se estorban ni detienen
las que ricas de oro vienen,
las que en busca van del oro...
Unas liban y acarrean,
otras labran y moldean,
¡todas hinchen el tesoro!

Y hacinados en los cienos;
expulsados de los senos
del alcázar del trabajo,
los cadáveres viscosos
de los zánganos ociosos
se corrompen allá abajo....

III

Cosas buenas he aprendido
contemplando embebecido
resbalar por la hondonada
la sonora algarabía
de la alegre pastoría

que despunta la otoñada.

¡Qué bien suenan sobre fondo
de quietudes, dulce y hondo,
el latir de roncos perros,
el vibrar de los silbidos,
el clamor de los balidos
y el runrún de los cencerros!

Y cayendo sobre el coro
como lágrimas de oro
de la vida natural,
¡qué amorosas complacencias
desparraman las cadencias
de la gaita del zagal!

Blandamente resbalando
las ovejas van pasando;
paz y hierba van paciendo;
los bocados que una deja
son bocados de otra oveja
que a la hermana va siguiendo.

Los corderos baladores
van en grupos triscadores
asaltando los repechos,
coronando los cerrillos,
despuntando los tomillos
y brincando los helechos.

Y el que topa con la ubre
o a lo lejos la descubre,
bala y corre hacia la oveja,
se arrodilla tembloroso,
llena el cuajo, trisca airoso
y esponjándose se aleja.

En la honrada pastoría
cada amante madre cría
su corderuelo querido...
¡No hay cordero destetado
porque lo haya abandonado
la madre que lo ha parido!

Venerable pastor viejo
con zamarra de pellejo
de los muertos recentales,
siempre atento vigilando
el rebaño va guiando
por los buenos pastizales.

Como abuelo que a su niño
lleva en brazos con cariño,
rebosante de placer,
el silvestre viejo austero
lleva al trémulo cordero
que ha acabado de nacer.

Los zagales silbadores,

los ingenuos tañedores
de la gaita cadenciosa,
viendo van las avanzadas
y alegrando con tonadas
la piara rumorosa.

Y librándola de robos
de raposas y de lobos,
van retándolos a muerte
dos mastines corpulentos,
con ojos sanguinolentos,
paso grave y pecho fuerte.

El pastor es cuidadoso,
el otoño es amoroso,
son alegres los rapaces,
las ovejas obedientes,
los mastines muy valientes
y los campos muy feraces...

Han gozado mis pupilas
la visión de las tranquilas
ovejitas resbalando...
Paz y hierba van paciendo,
dulce vida van viviendo,
grata huella van dejando...

.....

Esta vida que vivimos
los que reyes nos decimos
de este mundo engañador,
no es la vida sabia y sana...
¡Ay! ¡La república humana
me parece la peor!...

## Los sedientos

### I

Vagando va por el erial ingrato,
detrás de veinte cabras
la desgarrada muchachuela virgen,
una broncínea enflaquecida estatua.
Tiene apretadas las morenas carnes,
tiene ceñuda y soñolienta el alma,
cerrado y sordo el corazón de piedra,
secos los labios, dura la mirada...

Sin verla ni sentirla,
la estéril vida arrastra
encima de unas tierras siempre grises,
debajo de unas nubes siempre pardas.
Come pan negro, enmohecido y duro,
bebe en los charcos pestilentes aguas,
se alberga en un cubil, viste guiñapos,
y se acuesta en un lecho de retamas.

No sueña cuando duerme,
no piensa cuando vela desvelada;
si sufre, nunca llora;
si goza, nunca canta,
y vive sin terrores ni deleites,
que no la dicen nada
ni los fragores de las noches negras,
ni los silencios de las noches diáfanas,
ni el rebullir del convecino sapo,
ni los aullidos de la loba flaca
que yerra sola venteando carne
de chivos y de cabras.

Nunca sintió las alboradas tristes,
nunca sintió las bellas alboradas,
ni el ascender solemne de los días,
ni la caída de las tardes mansas,
ni el canto de los pájaros,
ni el ruido de las aguas,
ni la nostalgia del rumor del mundo,
ni los silencios que el erial encalman.

Su padre fue el pecado;
su madre, la desgracia,
y otra pareja infame
de carne estéril y de infames almas
la robó de la cuna de los huérfanos
con hórrida codicia calculada.
El mirar de sus ojos ofendidos
por el erial resbala
como el osado pensamiento humano
que osa escrutar los reinos de la nada.

Ciegos los ojos, sordos los oídos,
la lengua muda y soñolienta el alma,
vagando va por el erial escueto
detrás de veinte cabras
que las tristezas del silencio ahondan
con la música opaca
del repicar de sus pezuñas grises
sobre grises fragmentos de pizarras.

II

Al otro lado del sereno río
que el borde del erial lavando pasa,
Naturaleza derramó unos montes
donde hay rumores que el oír regalan,
donde hay ambientes que la sangre sedan,
donde hay perfumes que el cerebro embargan,
donde hay salud que vigoriza el cuerpo
y paz muy honda que equilibra el alma,
luz de torrentes, música a raudales
y un sordo hervir de vigorosa sabia
que en los pimpollos se resuelve en yemas
y tronco abajo se desliza en lágrimas,
cogüelmo de la vida que revierte
de la tierra otra vez en las entrañas.

Por esos montes que robusto crían
todo lo vivo que en sus senos guardan,
vaga un hermoso zagalón impúber
detrás de veinte vigorosas cabras
cuyas duras pezuñas no repican
sobre estériles lechos de pizarras
pues tiene el monte alfombras
espléndidas y blandas,
musgo de terciopelo en los peñascos
y tréboles de seda en las cañadas.

Borracho de salud vaga por ella
el alegre zagal de vida errática.
Con la inconsciencia de los niños piensa,
con el vigor de los cabritos salta,
con la lujuria del boscaje crece,
con la alegría de la alondra canta.

Él es el limo de las tierras vírgenes,
él es promesa de las tierras áridas,
él es estrofa del amor dormido,
él un vaso de savia
que en abundancia de cogüelmo rico
rebosará mañana.

Y entonces el salvaje solitario
clavará las pupilas dilatadas
en la virgen sedienta
del páramo sediento que la mata,
y sediento de amor, ebrio de vida,
desnudos cuerpo y alma,
querrá cruzar el espumoso río,
querrá posar en el erial la planta,
querrá quebrar en el trabajo el cuerpo,
querrá dormir en el amor el alma...

¡Hombres de la cultura!,
tended un puente sobre aquellas aguas...,
que se acerquen los hijos de los hombres,
que se junten los hatos de las cabras,
¡que del monte feraz pasen al páramo
del amor y el trabajo las sustancias!

## Treno

Tengo el alma serena
para toda amenaza de catástrofe;
la tengo muda y sorda
para voces de amores que me llamen;
la tengo seria como un campo yermo;
quieta la tengo como aquel cadáver
de quien yo no creí que fuese tierra
porque era el de mi madre.

El que ve lo que vi cuando era mozo
que amor disuelto apellidé a la sangre

y eterno soñé al tiempo
para besar la frente de la imagen,
¿qué puede ver que le sacuda el alma
ni al cuerpo un grito de dolor le arranque?

Rayo de la tormenta:
podrás romperme pero no espantarme;
volcán rugiente que escupiendo fuego
me enseñas el abismo de tu cráter;
sierra que te derrumbas
y ante las puertas de mi casa caes;
río que te desbordas
y azotas de mi casa los umbrales;
huracán que su techo le arrebatas;
muerte que rondas mi olvidada calle...
¡qué pequeños sois todos, qué pequeños,
y mi dolor qué grande!

Y vosotros también, hombres perversos,
que me herís con salivas el semblante;
y vosotros también, hombres amigos
que a la vida feliz queréis tomarme
con la ambrosía de la humana gloria,
miel al beber y al digerir vinagre...,
me herís los unos con estéril saña,
porque herís a un cadáver;
lucháis los otros con afán estéril
porque nadie logró que el mundo hable.

Sólo podrá moverme,
desde la noche de la gran catástrofe,
la voz de Dios gritándome: «¡Hijo! ¡Hijo!
¡Respóndele a tu padre!»

## El barbecho

¿Dónde irá sola Teresa
por la senda que atraviesa
los barbechos? ¿Dónde irá?
¿Qué tendrá, que así suspira?
¿Qué tendrá, que apenas mira
las aradas? ¿Qué tendrá?

¿Por qué con más gentileza
llevó sobre su cabeza
la blanca cestita ayer?
¿Por qué le dijo a su madre:
-Madre, que está lejos padre
y he de tardar en volver?

Su madre ayer le decía:
-Hija, que no es mediodía...
¿No ves el sol en la torre?
-Madre, ¿el sol no se equivoca?
-¡Jesús, qué cosa tan loca
de muchacha!... ¡Corre, corre!

Y alegre y ligera vino
por ese mismo camino
que parte en dos el barbecho;
llevaba luz en los ojos,
risas en los labios rojos,
gozos en el alto pecho.

Cantaba las melodías
que el sol de los buenos días
inspira a las castellanas
e inspira a los castellanos
cuando se vierte en los llanos
de las abiertas besanas.

Y las alondras terrosas
sus oídos, codiciosas
al dulce cantar abrieron,
y sobre el surco posadas,
con pupilas asombradas,
pasar a Teresa vieron.

Hoy pasa muda y sombría...
«Hija que ya es mediodía»,
dijo tres veces su madre.
«¡Jesús, madre, qué inoportuna!
¡No tengo prisa ninguna,
que no está muy lejos padre!»

Moza: ¿por qué esas mudanzas?,
¿no tiene hoy lontananzas
los bellos ojos de ayer?
¿No te pide melodías
el sol de los buenos días
en la besana al caer?

¿No te dio un beso tu madre?
¿No vas a darle a tu padre
besos y pan en la arada?
¿Hoy no hay alondras terrosas
que te escuchen codiciosas
la vagabunda tonada?

Camino vas del barbecho
con un secreto en el pecho
que yo conozco, Teresa...
No pienses que soy un duende
porque mi mente comprende
lo que en el pecho te pesa.

Allá en aquella hondonada,
hay una tierra ya arada
que estaba ayer sin arar...
Solos tú y yo hemos sabido
que a arar el gañán se ha ido
a otro lado del lugar.

Descansa un rato, Teresa,
que yo bien sé cuánto pesa
lo que llevas en el pecho,

y sé cómo caminamos
cuando la carga llevamos
hacia el contrario barbecho.

No te sonrojes, hermosa,
que no es una extraña cosa
ni es pecadora mudanza
que el sol te parezca oscuro,
pesado el ambiente puro,
ceñuda la lontananza,

pálidas tus melodías,
tristes estas gañanías,
áridos estos senderos...,
y hasta el querer de tu padre
y hasta el apego a tu madre
más borrosos, más someros...

¿Qué es el barbecho, Teresa?
Si amor no está en él, confiesa
que barbecho es un erial;
mas si algo dice en el pecho
que anda amor por el barbecho...
¡barbecho es huerto edenial!

## Noche fecunda

### I

Ya dejó sus mocedades
Juan Antonio el de Villalba,
un roble joven que tiene
de pardo sayal la cáscara,
de acero el tronco robusto,
de puras mieles la entraña.

Para que hogar fuese haciendo,
para que hacienda fundara,
diole el Destino una esposa,
diole su padre una vaca.
Josefa se llama aquélla;
y ésta Cordera se llama;
una mujer bien nacida,
y una vaca bien criada.

Josefa dejó las fiestas
y hundió en el arca sus galas;
Juan Antonio dejó el marro,
y hasta vendió la dulzaina
a un temprano chavalillo
que a mocearse empezaba.

¡Y bien sabe Dios del cielo
que la vendió con un ansia!...
Pero el casado es casado
y la dulzaina es dulzaina.

Y así pasaban los días,
que ya diez meses sumaban;
Juan Antonio, trajinando;
Josefa, metida en casa;
la vaca, creciendo en ubre;
y el tiempo, dando esperanzas...

II

Una noche de verano,
cerca de la madrugada,
llamó a la gente vecina
Juan Antonio el de Villalba.
Al establo acuden hombres
y mujeres a la sala,
y en misteriosos encierros
se truecan ambas estancias,
y hay misteriosos trajines,
y misteriosas palabras,
y prolongados silencios,
y pasajeras alarmas...
Y Juan Antonio anda inquieto,
la frente en sudor bañada,
desde la sala al establo,
desde el establo a la sala.

En la cocina un momento
se sienta, mueve las ascuas
y reza dos o tres veces
la Salve que nunca acaba,
y suda y mira las puertas
de establo y sala cerradas...
De repente se oye un grito
de doliente queja humana
y un mugido quejumbroso
de lánguida resonancia.
Luego, un silencio terrible;
luego, un momento de alarma,
y otro grito, otro mugido,
y al fin ruido y voces francas.
Juan Antonio está aterrado
rígido como una estatua;
mira a las cerradas puertas
que súbito se abren ambas,
y oye que desde una y otra
le dicen estas palabras
uno de los del establo
y una de las de la sala:
—¡Dos churros... y *dambos* muertos!
¡Dos niñas... y vivas *dambas*!

¡Trisca, vaquerillo!

¿Por qué llora el vaquerillo?
¿Por qué aquella cabrerilla
del sotillo

ya es amor de otro chiquillo?
¡No me causa maravilla!

¿Por qué tan osado eres,
siendo rapaz de once años,
que ya quieres
probar de tales quereres
que guardan tales engaños?

¿No te ha enseñado Natura
que toda flor que florece
prematura
si da fruto no madura,
porque en abril envejece?

¿Y no viven más dichosos
que tus toros reñidores
y celosos
los becerrillos nerviosos
libremente triscadores?

Pues trisca tú, vaquerillo,
y olvida a la cabrerilla
del sotillo
porque tú eres un chiquillo
y ella no es una chiquilla...

## ¿Qué tendrá?

¿Qué tendrá la hija
del sepulturero,
que con asco la miran los mozos,
que las mozas la miran con miedo?

Cuando llega el domingo a la plaza
y está el bailoteo
como el sol de alegre,
vivo como el fuego,
no parece sino que una nube
se atraviesa delante del cielo;
no parece sino que se anuncia
que se acerca, que pasa un entierro...

Una ola de opacos rumores
sustituye al febril charloteo,
se cambian miradas
que expresan recelos,
el ritmo del baile
se torna más lento
y hasta los repiques
alegres y secos
de las castañuelas
callan un momento...

Un momento no más dura todo;
mas ¿qué será aquello
que hasta da falsas notas la gaita

por hacer un gesto
con sus gruesos labios
el tamborilero?

No hay memoria de amores manchados,
porque nunca, a pesar de ser bellos,
«buenos ojos tienes»
le ha dicho un mancebo.

Y ella sigue desdenes rumiando,
y ella sigue rumiando desprecios,
pero siempre acercándose a todos,
siempre sonriendo,

presentándose en fiestas y bailes
y estrenando más ricos pañuelos...
¿Qué tendrá la hija
del sepulturero?
Me lo dijo un mozo:
«¿Ve usted esos pañuelos?
Pues se cuenta que son de otras mozas...
¡de otras mozas que están ya pudriendo!...
Y es *verdá* que *paece* que *güelen*,
que *güelen* a muerto...»

## Las sementeras

### I

Con el relente que le da tempero,
la madrugada roció la tierra.
Se siente frío en la besana húmeda;
el terruño está solo. Ya alborea.
Lo dice levantándose del surco
la alondra mañanera
que desgrana en el aire el de sus trinos
hilo copioso de sonantes perlas.

Ya sale el sol de las mañanas tibias,
ya sale el sol de las mañanas buenas,
sol de salud, incubador de gérmenes,
sol de la sementera.

No tiene más testigos y cantores
que yo y la alondra en la besana escueta,
ni más espejos que el regato limpio
y el rocío en las puntas de la hierba.

Viene triunfante, coronado de oro;
radiante viene levantando nieblas
y evaporando el matinal relente
que parece el aliento de la tierra.

Ya llegan mis gañanes con las yuntas
canturreando la canción primera
que les arranca el equilibrio plácido
del bien venir de la mañana buena.

Rayando los timones el camino,
y en alto la mancera,
vienen los bueyes con la cruz que forman
el yugo y el arado en la cabeza.

Ya escucho golpes secos
de mazos y de azuelas,
silbidos cariñosos,
nombres de bueyes que en besana entran
y uno que suena compasado ruido
como de riego de menudas perlas
al desplegarse el abanico de oro
de la simiente que los mozos riegan.

Estoy en el repecho
presidiendo mi hermosa sementera.
Todo lo escucho con avaro oído:
el blando hundirse de las anchas rejas;
el süave rodar hacia los lados
de la mullida tierra;
el alentar pujante de los bueyes,
de cuyos bezos charolados cuelgan
tenues hilos de baba trasparente
que el manso andar no quiebra;
aquel pausado y firme
posar de sus pezuñas gigantescas;
el crujir dormilón de las coyundas
que el yugo pulimentan;
un aliento de brisa tan süave
que apenas se menea,
un hondo y general rumor de vida
y un ruido sordo de pujante brega.

Y tal como si el alma del terruño
viniese toda condensada en ella,
la tonada de arar surge solemne
la tonada de arar al alma llega
cantando cosas dulces,
diciendo cosas buenas.

Sus mansas recaídas
parecen que remedan
la suavidad de las laderas dulces
de la ondulada castellana tierra
o el tranquilo vaivén de los pensares
que el mar ondulan de las almas serias.

Y a mí también me hablan
sus lánguidas cadencias
del bien gozar los apacibles goces,
del bien llorar las bendecidas penas,
del buen amor de la mujer fecunda,
del bien sentir la paternal querencia
y de un vivir sereno,
fuerte y seguro, como aquel que llevan,
paso de hierro sobre tierra blanda,
los mansos bueyes de gigantes fuerzas.

II

Cruzan el cielo nubecillas tenues
que parecen blanquísimas guedejas
cortadas del vellón inmaculado
que dieron en abril las corderuelas.

El sol baña el terruño,
se ve crecer la hierba
y huele a tierra húmeda
cargada de promesas.

¡Qué dulce es presidir desde el repecho
la propia sementera
si el cielo es transparente, fresco el aire,
húmeda y fértil la esponjada tierra,
el sol templado, la simiente sana,
robustas las parejas,
alegres los gañanes,
la tonada de arar, sentida y lenta,
sabroso el pan de casa
y el agua del regato limpia y fresca!

La mente embebecida
se carga entonces de memorias bellas;
del lado del hogar me vienen todas,
que el hogar es el cielo de la tierra,
la paz de mi vivir me las regala
y en paz el corazón las paladea.
¡Aquella del hogar sí que es hermosa!
¡Aquella sí que es santa sementera!
También yo la presido,
también Dios la bendice y la gobierna.
Dios encendió en el cielo de la vida
el sol de los amores para ella,
para que al fuego santo
las almas y las sangres se fundieran.
Dios le da noches de fecundas horas
y luengos días de apacibles treguas...,
¡horas sin luz que velen sus misterios
y horas de sol que sus entrañas templan!

Y Dios, Padre del mundo,
le da también cosecha
de frutos vivos que el vivir anudan,
de frutos bellos que el vivir alegran...

¡Señor, que das la vida!
Dame salud y amor, y sol y tierra,
y yo te pagaré con campos ricos
en ambas sementeras.

## Canto al trabajo

A ti, de Dios venida,
dura ley del trabajo merecida,

mi lira ruda su cantar convierte;
a ti, fuente de vida;
a ti, dominadora de la suerte.

Escucha cómo canta
la oscurísima voz de mi garganta
lo que tienes, ¡oh ley!, de creadora,
lo que tienes de santa,
lo que tienes de sabia y redentora.

Porque eres fuente pura
que manas oro de la henchida hondura,
fecunda y rica en mi canción te llamo;
porque eres levadura
del humano vivir, buena te aclamo.

Redimes y ennobleces,
fecundas, regeneras, enriqueces,
alegras, perfeccionas, multiplicas,
el cuerpo fortaleces
y el alma en tus crisoles purificas.

¡Señor! Si abandonado
dejas al mundo a su primer pecado

y la sabia sentencia no fulminas,
hubiéranse asentado
tumbas y cunas sobre muertas ruinas.

Mas tu voz iracunda
fulminó la sentencia tremebunda,
y por tocar en tus divinos labios
tornóse en ley fecunda
el rayo vengador de tus agravios.

Si de acres amarguras
extraen las abejas mieles puras,
¿cómo Tú no sacar de tu justicia
paternales ternuras
para la humana original malicia?

Fecundo hiciste al mundo,
feliz nos lo entregó tu amor profundo,
y cuando el crimen tu rigor atrajo,
nuevamente fecundo,
si no feliz, nos lo tornó el trabajo.

¡Mirad, ojos atentos,
toda la luz que radian sus portentos,
todo el vigor que en sus empresas late!
¡No hay épicos acentos
para cantar el colosal combate!

Mirad cómo a la tierra
provoca con el hierro a santa guerra,
desgarrando sus senos productores,
donde juntos sotierra
semillas, esperanzas y sudores.

El boscaje descuaja,
las peñas de su asiento desencaja,
estimula veneros, ciega fosas,
y el alto cerro cuaja
de arbóreas plantaciones vigorosas.

Abajo, en la ancha vega,
trenza el río sereno y lo despliega
en innúmeros hilos de agua pura
que mansamente riega
opulentas alfombras de verduras.

A veces, remansada,
la detiene la presa, y luego airada
la despeña en cascadas cristalinas
con fuerza regulada
que hace girar rodeznos y turbinas.

Mirad cómo los mares
abruma con el peso de millares
de buques que cargó con sus labores,
y a remotos lugares
manda de su riqueza portadores.

Mirad cómo devora
la distancia en la audaz locomotora
que creó gallardísimas y ligera;
mirad cómo perfora
la montaña que estorba su carrera.

Cómo escarba en la hondura
y persigue el filón dentro la oscura
profunda mina que el tesoro guarda,
como la inmensa altura
va conquistando de la nube parda.

Como el taller agita,
cómo en el templo del saber medita,
y trepida en las fábricas brioso,
y en las calles se agita,
y brega en los hogares codicioso.

Labra, funde, modela,
torna rico el erial, pinta, cincela,
incrusta, sierra, pule y abrillanta,
edifica, nivela,
inventa, piensa, escribe, rima y canta.

El rayo reluciente,
fuego del cielo, espanto de la gente,
ha tornado en sumiso mensajero,
que de Oriente a Poniente
lleva latidos del vivir ligero.

Al padre y al esposo
les da para los suyos pan sabroso,
olvido al triste en su dolor profundo,
salud al poderoso,
honra a la patria y bienestar al mundo.

Tiempos aún no venidos
del imperio triunfal de los caídos:
¡derramad pan honrado y paz bendita
sobre hogares queridos
que templos son donde el trabajo habita!

Tiempos tan esperados
de la justicia, que avanzáis armados:
¡sitiad por hambre o desquiciad las puertas
de alcázares dorados
que no las tengan al trabajo abiertas!

¡Vida que vive asida
savia sorbiendo de la ajena vida,
duerma en el polvo en criminal sosiego!
¡Rama sea o podrida
perezca por el hacha o por el fuego!

Y gloria a ti, ¡oh fecundo
sol del trabajador, alegrador del mundo!
Sin ofensa de Dios, que fue el primero,
tú el creador segundo
bien te puedes llamar del mundo entero.

## Mi música

Naturales armonías,
populares canturías
cuyo acento musical
no es engendro artificioso,
sino aliento vigoroso
de la vida natural:

vuestras notas, vuestros ruidos,
vuestros ecos repetidos
en ritornelo hablador,
son mis goces más risueños,
son el arte de mis sueños,
¡son mi música mejor!

Rumores que en la alquería
revientan con alegría
del dorado amanecer,
que despierta sonriendo
las que estuvieron durmiendo
fuerzas vitales de ayer;

brava música sincera
de la ronda callejera
de los mozos del lugar,
que con guitarras sonoras
y bandurrias trinadoras
acompañan su cantar;

alegre esquilón de ermita,
voz de amores que recita

la romántica canción;
ruido de aire que adormece,
son de lluvia que entristece,
manso arrullo de pichón;

cuchicheos de las brisas,
melodías indecisas
del tranquilo atardecer,
aletazos de paloma,
balbuceos del idioma
que empieza el niño a aprender;

jugueteos musicales
que modula entre zarzales
el callado manantial
cuyo hilillo intermitente
da la nota transparente
de una lira de cristal;

melancólicos murmullos,
sabrosísimos arrullos,
vibraciones del sentir,
que la madre en su cariño
le dedica al tierno niño
invitándole a dormir;

claro timbre plañidero
del balido lastimero
del inquieto recental;
eco triste del bramido
del becerrillo perdido
que sestea en el erial;

grave zumbar pregonero
del tábano volandero
que arrullo en la siesta da;
que murmulla, que se queja,
que se acerca, que se aleja,
que retorna, que se va...,

hálitos del bosque frío,
lejano zumbar de río,
hachazos de leñador,
explosivos en la sierra,
eco incógnito que yerra,
hijo ignoto de un rumor;

suspiro de muda pena
que no vibra, que no suena,
pero se siente sonar;
sollozos del pensamiento
que solo del sentimiento
quieren dejarse escuchar;

vuelo sereno de ave,
ritmo de aliento suave,
beso que arranca el querer,
nombre de madre adorada,
voz de la mujer amada,

llanto de niño al nacer;

tonadilla peregrina
que modula en la colina
la gaitilla del zagal,
la que vierte blancas notas
que de miel parecen gotas
desprendidas del panal;

besos del aura y la parra,
lágrimas de la guitarra
latidos del corazón,
quedas pláticas discretas,
palabras de amor secretas,
lamentos de honda pasión;

pintoresca algarabía
de la alegre pastoría
derramada en la heredad,
trajinar de los lugares,
tonadillas populares,
tamboril de Navidad;

trino de alondra que el vuelo
levanta, cantando, al cielo,
de donde su voz tomó;
canto llano de sonora
codorniz madrugadora
que a la aurora se enceló;

ecos lánguidos que envía
de la vaga lejanía
la tonada del gañán,
que en la tibia sementera

canta y ara en la ladera
que la da trabajo y pan;

dulces coros de oraciones
suspiros de devociones,
sollozos de pecador,
voz del órgano suave
que llora con ritmo grave
la elegía del dolor;

popular algarabía
de la alegre romería
que ya el valle va a dejar
con jijeos y cantares
que en cañadas y encinares
se repiten sin cesar;

aire quedo de alameda
que una música remeda
que el alma nunca entendió,
una música increada
que en el seno de la nada
para siempre se quedó;

manso zumbar de colmena
que trabaja en la serena
tarde plácida de abril;
coro que llena de ruidos
la de niños que va a nidos
sonora tropa gentil;

bellas rimas del poeta
cuya música interpreta
los arrullos del amor,
los estruendos de la orgía,
la calmante poesía
que hay disuelta en el dolor.

Las injurias de la suerte,
los horrores de la muerte,
los misterios del sentir
y el secreto religioso
del encanto doloroso
de la pena de vivir...

Yo os lo dije; vuestros ruidos,
vuestros ecos repetidos
en ritornelo hablador,
son el pan de mi deseo,
son el arte en que yo creo,
¡son mi música mejor!

## La montaña

¡Hablemos, atalaya gigantea!
Desde tu inmensa altura,
¿me verás muy pequeño en esta hondura
del valle estrecho en que mi choza humea?
¿Verdad que para ti somos iguales
el hombre de la choza
que, sentado en sus míseros umbrales,
la gran visión de tus grandezas goza,
y el último volátil insectillo
que se posa en el último ramillo
del árbol más enteco,
del menos admirado bosquecillo,
de tu más olvidado recoveco?

¡Es tanta tu grandeza!...,
tan soberbia tu historia, tan altiva
levantas y tan alta la cabeza,
que solo pequeñez, solo pobreza
verás en lo de abajo desde arriba.

Te engendró trepidando el terremoto,
¡reina de las montañas!,
y por la boca del abismo ignoto
la tierra te parió de sus entrañas,
rugiendo de dolor su seno roto.

Viniste a la vida,

no tremiendo con trémulos vagidos,
sino cantando la jamás oída
formidable canción de tus rugidos.
Y transpiraste en tu alentar inmenso
soberbias espirales
que cegaron el éter de humo denso.
Y tu loca niñez, brava y ardiente,
envolvióse en pañales
que eran manto de lava incandescente...

Luego imprimieron sobre ti sus huellas
los días creadores
de las fecundas primaveras bellas,
las que en tierra feraz siembras las flores
como Dios en el cielo las estrellas.
Tu ardiente aliento, destructor por fuerte,
fue brisa luego, de frescura henchida,
y aquel tu arrollador fuego de muerte
trocóse en fuego incubador de vida.

Y una robusta juventud briosa
sembró tus cumbres y cuajó tus faldas
de lluvia lujuriosa,
de boscaje espumante de guirnaldas.

Enamorada del soberbio nido
vino a incubar sobre tu haz la vida,
vino a habitarte el concertado ruido,
vino a vivir de tu vivir henchido
toda pareja por instinto unida.

Por tus gargantas hondas
rodó el torrente flagelando peñas,
hinchando espumas y mojando frondas;
erró la fiera entre tus hoscas breñas,
el cabrero salvaje
incrustó su majada en las risueñas
orillas agrias del corriente aguaje,
y alegraron sus cuestas los apriscos,
y hubo nidos de pluma entre el ramaje,
y cuevas de reptiles en los riscos...

Y en tus noches ardientes
te arrullaron graznidos estridentes
de búhos en el árbol apostados,
y bramidos dolientes
de ciervos encelados;
y te *bañastes* en el mar de oro
de las auroras puras,
oyendo el himno del vivir sonoro
del de las aves incontable coro
que habitaba tus densas espesuras...

Cantares de cabreros,
zumbar de regatuelos espumosos,
balidos lastimeros
de cabritos nerviosos,
silbos de águila osada
que de éter embriagada

se cierne sobre ti cerca del cielo,
delineando con redondo vuelo
el nimbo de tu cresta coronada
de riscos y de nieve inmaculada...

Todo vivió cantando como pudo
tu vida fuerte, formidable y ruda,
de cuerpo virgen ante el sol desnudo,
y tú, serena y muda,
como quien todo lo abarcó y lo encierra,
por el éter sutil ibas rodando
en tus lomos gigantes soportando
la mitad de la vida de la tierra.

El bello sol naciente
siempre el beso primero
puso amoroso en tu soberbia frente;
siempre su adiós postrero
te quiso dedicar el sol poniente...
¡Con qué gigante majestad rendida!
os amáis los gigantes de la vida!
¡Qué pequeño verás desde tu altura
al hombre de la choza
que tus regias grandezas canta y goza
hundido en las honduras de esta hondura!

Eres grande, ¡oh montaña!,
y rica con espléndida riqueza;
tienes oro en la entraña
y corona de plata en la cabeza...
¡Pero yo soy más grande! ¡Yo más fuerte!
¡Yo más rico que tú!... ¡Yo he de vencerte!
No en la entraña metales brilladores,
ni en la frente coronas temporales:
¡tengo en el corazón fragua de amores!
¡Tengo en la frente fragua de ideales!
¿Y qué volcán tuviste tan ardiente
como el humano corazón que ama?
¿Ni qué encendida llama
radiará luz tan pura y esplendente
como esta que mi espíritu derrama?

¡Tú envejeces! La nieve de tu cumbre
que ya ha apagado tu prístina lumbre
me dice que declinas,
que ya helada caminas
de tu vivir hacia el helado invierno...

¡Tú tienes que morir! ¡Yo soy eterno!
Mas ¿para qué conmigo compararte,
soberbio monstruo inerte,
si del cogüelmo de mi vida, el Arte
te está dando una parte
porque no te confundan con la muerte?

Y, en fin, mole dormida,
aunque sintieras como yo la vida,
me envidiaras, sin duda,
¡porque yo sé cantar y tú eres muda!

## Un don Juan

Amo, de aquella cuestión
de ayer, pues ya me atreví.
—¡Gracias a Dios, cobardón!
¿Y qué te dijo?
—Que sí.

—¿Ves, Jenaro? Si te dejo,
no llegas nunca a animarte,
y te me mueres de viejo
con las ganas de casarte.

Me gusta la valentía.
Y la lengua, ¿se enredó?
—Pues mire usted, yo creía
que iba a ser más; pero no.

Y eso que al *dir* a empezar,
por mucho que porfié,
pues no me pude acordar
del *emprencipio* de *usté*.

—¡Por vida de...! ¿Y qué *jinojos*
hiciste entonces, Jenaro?

—Pues, nada, cerrar los ojos
y *dir p'alante*.
—¡Pues claro!

Cuando se ignora, se inventa.
—Pues ese fue el aquel mío.
Me tuve que echar la cuenta
que se echa el hombre *perdío*,

y como un eral cerril
arremetí con alientos,
porque ya, preso por mil...,
pues preso por mil quinientos.

No es más que mientras se empieza.
Yo *cuantis* que me corté,
pues *na* más de mi cabeza
*cuasi* todo lo saqué.

—¡Bien hecho! ¿Y le gustaría
bastante más que lo mío?
—Yo le dije *asín*: «María:
dirás que a qué habré *venío*.»

—¿Y qué te dijo?
—Que hablara.
Ella bajó la cabeza
y se le puso la cara
lo *mesmo* que una cereza.

A mí también se me ardía,
la *verdá* se ha de decir;
pero le dije: «María:
¿sabrás que tengo un sentir?»

—¡Bien dicho! ¿Y no te comieron
porque hiciste esa pregunta?
—No, pero me se pusieron
todos los pelos de punta.

Yo *cuasi* que no veía,
la *verdá* se ha de decir;
pero le dije: «María:
¿sabrás que tengo un sentir?»

*Cuasi* que me han *obligao*
—le dije- a venir acá,
que yo bien *retuso* he *estao*
por *mo* de la *cortedá*;

pero el amo, que sabía
mi sentir, pues ayer tarde
*mesmamente* me decía:
«Jenaro, ¡no seas cobarde!

La moza es poco fiestera
y poco aparentadora,
y no es moza ventanera,
y es *árdiga* y vividora.

Y luego, es bien parecía,
y es *callaíta* y prudente,
y es honesta y recogía,
y viene de buena gente...

Anda con ella, comienza
mañana a la noche a *dir*,
que a cuenta de la vergüenza
te la dejas escurrir...»

Pues sobre aquello volviendo
del sentir que te decía,
sabrás que te estoy *quisiendo*
ya hace tres años, María.

Siempre he *andao* negativo
dejándolo *pa dispués*
y *na* más que es a motivo
de lo corto que uno es.

Y *asín* me estaba, me estaba,
aguantándome el sentir,
a ver si se me pasaba,
la *verdá* se ha de decir.

Y *hate* cuenta que cada año
pues más me reconcomía,
hasta que ya dije hogaño:
¡Habrá que estar con María!

Porque en habiendo un querer,
la *verdá* se ha de decir,
ni *cuasi* puedes comer
ni *cuasi* puedes dormir.

Y no es el decir que uno
esté *encitando* el pensar,
porque yo creo que *nenguno*
*quedrá* siempre *asín* estar.

Es *na* más que te aficionas
y que pierdes la chaveta
en *cuantis* que una persona
por los ojos te se meta.

Y que ya nadie te apea
ni te hace volver atrás
y llevas aquella idea
por *andiquiera* que vas.

Pues un querer derechero
como el corazón te ablande,
es igual que un *abujero*:
*cuanti* más le hurgas, más grande.

—¡Caramba! ¡Muy bien, Jenaro!
y ella entonces te diría...
—A lo primero, pus claro,
dijo que ya se vería.

Pero *dispués* ya ve *usté*,
la gente se va atreviendo.
Yo le dije: «Volveré.»
y ella dijo: «*Vay* viniendo.»

—Vamos, sí, que habrá casorio.
—De eso *entá* no hemos *tratao*.
Sólo el parlárselo..., ¡*corio*!,
¡más vergüenza me ha *costao*...!

## Los dos soles

Vámonos al hastial de la sala,
vámonos, Francisco,
que se está que da gloria estos días
de sol y de frío.
Y al rincón del hastial soleado
por tibiezas del sol invernizo
se van temblorosos
los dos viejecitos
con el calendario,
con el argadillo,
con las frentes cargadas de tiempo,
con las venas cargadas de frío.

¡Qué serena la tarde resbala

por delante de aquel rinconcito!
¡Las dulces tibiezas
del sol invernizo
como alientos del Dios de la vida
dan calor a los dos viejecitos!

Una dulce modorra süave
va durmiendo sus torpes sentidos
al rumor del rozar quejumbroso
de las vueltas del viejo argadillo,
que se queja con ritmo de enfermo,
plañidero, sutil, dolorido...

La tarde es templada
y el rincón del hastial está tibio...
Se derrite la nieve en los campos,
se descubre el verdor del ejido,
pican las cigüeñas
la vera del río,
lavan las muchachas,
balan los cabritos,
corren los regatos,
llora el argadillo,
y en los montes las lenguas de acero
de los anchos destrales blandidos
acompañan su bronca salmodia
con reflejos estruendos sombríos,
fragorosos desgarres de ramas,
roncos tumbos de troncos hendidos...
¡Allí están los mozos!...
¡Allí está aquel hijo!...
Murieron los rayos
del sol mortecino...
—Vamos a la lumbre.
—Vámonos, Francisco.
Y al rincón del hogar, frío y solo,
se marcharon los dos viejecitos,
con el calendario,
con el argadillo,
temblando de viejos,
temblando de frío.
—Ya viene cantando...
—Ya viene ese hijo...
Y el hogar apagado y oscuro
revivió con el mozo fornido,
revivió con los fuegos sagrados
del amor y el hogar confundidos...
Y el viejo a la vieja
díjole al oído:
—Tenemos dos soles
que quitan el frío:
pa de día, el que alumbra en el cielo;
pa de noche, ese hijo..., ese hijo...

## El arrullo del Atlántico

I

En el nombre de Dios canto la vida.
Era la hora en que la luz esperan,
para iniciar la cotidiana huida,
las sombras densas de la noche oscura
que en el abismo caótico fundieran
el abismo del mar y el de la altura.
¡Naturaleza!, cuando estás dormida
y el alma que te adora
por nocturno crespón te ve cubierta,
se finge en su cariño que estás muerta,
y perdida te llora,
hasta que luz de aurora te despierta...
¡Salve, luz creadora!
Si de la mano del Señor salida
prístina creación es toda vida
segunda creación es toda aurora.

Como se abren los pétalos iguales
de roja minutisa,
como se abren dos labios virginales
que quieren bosquejar una sonrisa,
como deben abrirse a los mortales
las áureas celosías edeniales,
así se abrió, purísimo y riente,
un resquicio de cielo por Oriente,
y trémulas surgieron e indecisas,
por el abierto desgarrón del velo,
tintas crepusculares
que elevaron la bóveda del cielo
y abatieron las curvas de los mares.

La musa de los piélagos azules
que alienta brisas y transpira brumas
y viste mantos de azulosos tules,
con encajes purísimos de espumas...
La gran dominadora
del piélago iracundo donde mora;
la maga del abismo, que aún dormía,
movió la linfa, le prestó armonía,
y este armonioso cántico
surgió solemne, al despuntar el día,
del hondo seno del azul Atlántico.

II

Verdes musas erráticas
de almas de luz y liras cristalinas,
nereidas de pupilas abismáticas,
sirenas de gargantas peregrinas,
monstruos del fondo, genios de las olas,
acres brisas marinas,
que venís de las playas españolas
o venís de las playas argentinas...
Genio de la bonanza, a cuyo arrullo
trueco mi grito en musical murmullo;
genio de la borrasca, a cuyo grito
respondo detonante

y en hervidero arrollador me agito...,
¡cantad conmigo la ocasión gigante
con que a los hombres al progreso invito!

Yo soy aquel abismo que separa
la que el destino poderosa y una
raza noble creara
en hispano solar e hispana cuna.
Yo soy el gran vencido
del genio humano, que me vio rendido
bajo frágiles quillas victoriosas
de audaces carabelas
que rayaron mis lomos con estelas
de perennes honduras luminosas.

Hermanas tierras cuyas bellas playas
ricas de frutos y de flores gayas,
beso con los gigantes
labios de mis orillas...
¡los besos de mis labios son semillas
que producen cosechas abundantes!

Nobles razas gemelas
que ardéis en fraternales sentimientos,
¡ahonde vuestro amor esas estelas
que han vencido a los siglos y a los vientos!
¡Tejed, tejed sobre mi haz hirviente
de nuevos derroteros red tupida
y engrandecedme bajo el peso ingente
de pedazos de Patria enriquecida
que, abatiendo mis lomos en su centro
dilate mis orillas tierra adentro!

Poderoso Neptuno, que dominas
las iras bravas de mis glaucas olas
¡úncelas a las naves peregrinas
que vengan de las playas españolas
o vengan de las playas argentinas!

¡Enfrena, Eolo, enfrena
la cuadriga briosa de los vientos
y fija en popa ordena
que sople una veloz brisa serena
que endulce y apresure movimientos!

Y vosotras, nereidas ambarinas
con luengas cabelleras
de oscurísimas algas azulinas,
¡alejad a esas ricas mensajeras
de escollos y de sirtes traicioneras!
Y tú también, estrella titilante
que en mi espejo oscilante
y en el del cielo diáfano rutilas
menos que en las pupilas
de atento navegante:
tus fulgores purísimos no veles
con crespones de nubes tormentosas
que a esos ricos bajeles
aparten de las vías venturosas.

Y tú, Dios soberano,
que todo lo creaste y lo gobiernas;
única augusta mano
que sabe modelar cosas eternas,
única idea que en ninguna anida,
única luz que de la luz no nace,
origen sin origen de la vida
que se apaga ante Ti, y en Ti renace...
Tú el poder, Tú la gloria, Tú la alteza.
Tú la sabiduría,
Tú la derecha iluminada vía
de la humana grandeza,
bendice el alma de tus pueblos fieles,
haz que cuajen sus flores
en frutos áureos de sabrosas mieles,
pon en su entraña amores,
lumbre en su inteligencia,
paz en sus horas, gloria en sus destinos,
fe pura en su conciencia,
luz en su oriente y oro en sus caminos.

Tiende sobre mi haz el invisible
manto de tu poder incontrastable,
y por seguros derroteros fijos
bogarán en legión interminable
tus laboriosos hijos.
No me ordenes, Señor, que abra mis senos,
y de tus pueblos fieles
en ellos precipite los bajeles
que mi móvil cristal hienden serenos.
¡Señor! Navegan llenos
de ricos frutos que crió Natura
con riegos de rocíos y sudores,
llevan copia hechicera
de industriales y artísticas labores,
llevan la luz postrera
que la ciencia radió, llevan amores...

Hermanas gentes cuya entraña encierra
sangre y alma españolas:
¡el cielo es vuestro; sojuzgar la tierra!
¡Vuestro yo soy; encadenad mis olas!
Unid mis dos orillas
con oscilantes puentes
de regueros longuísimos de quillas
henchidas de riquezas y de gentes.
Y con los brazos en la brega dura,
en Dios la fe y el corazón en todo,
gozad el oro en su virtud más pura,
poned la muerte entre el honor y el lodo,
sentid el arte en su divina altura,
buscad la gloria donde eterna sea,
trocad la ciencia en savia sustanciosa,
cambiad amor del que deleita y crea...
¡Vivid la vida en su verdad hermosa!

# La balada de los tres

## I

Ayer por la tarde
se acabó la fiesta,
la de San Antonio,
que es la de mi aldea.

A incienso y a flores
olía la iglesia;
la casa, a membrillo;
la ropa, a camuesas;
las mozas, a vírgenes,
y a santas, las viejas.
¡Qué pronto se pasan
los días de fiesta!

Ahora está la niña
lavando en la vega,
y el alma le hieren
borrosas tristezas,
dolientes memorias,
ternuras patéticas...

Ya guardó en el arca
la ropita nueva,
la ropita limpia,
que huele a camuesas.
Tamboril y gaita
ya no la recrean,
ni de amor alegre
la sangre le llenan
los repiques duros
de las castañuelas,
lenguas de muchachos
que no tienen lengua
para hablar de amores
a las muchachuelas.
¡Qué sola está el alma!
¡Qué sola la vega!
¡Esta tarde se muere la niña,
se muere de pena!

## II

El mozo está solo
regando la huerta;
la huerta está alegre;
la tarde, serena,
y al alma del mozo
le agobian tristezas.
¡Qué pronto se pasan
los días de fiesta!
¡Qué tristes las tristes
memorias que dejan!
Ya no luce el mozo
la voz en la iglesia,

ni en el ancho ejido
con los mozos juega,
ni a la tarde baila
con las muchachuelas,
ni a la noche ronda
la ventana estrecha
de la casa blanca
de la fiel morena.

En la vieja arcona
de la sala vieja
ya guardó su madre
la ropita nueva
con las cintas verdes
de las castañuelas
y el de cien colores
corbatín de seda...
¡Qué sola está el alma!
¡Qué triste la huerta!
¡Esta tarde se muere el muchacho,
se muere de pena!

III

Yo ya no soy mozo,
pero tengo penas
que parecen cosas
de la gente nueva.
Se me van muy pronto
los días de fiesta.
La misa cantada
y el juego en la era
y el baile en la plaza
de vida me llenan.

Esta tarde siento
mortales tristezas,
ansias dolorosas,
ternuras patéticas.
La tarde está sorda,
sin ruido la aldea,
desierta la plaza,
cerrada la iglesia:
y en la huerta, el mozo;
la moza, en la vega...
¡Yo, dos veces solo,
tengo una tristeza!...
¡Yo me muero también esta tarde,
me muero de pena!

## Ana María
(Fragmentos de un poema)

I

La primavera

Una alondra feliz del pardo suelo,
fue la primera en presentir al día,
y loca de alegría,
al cielo azul enderezando el vuelo,
contábaselo al campo, que aún dormía.

Celosa codorniz, madrugadora,
dijo tres veces que la bella aurora
se avecinaba con amable prisa:
del lado del Oriente
vino una fresca misteriosa brisa,
con las alas cargadas de relente,
y aun en sagrada oscuridad envueltas
las hojas de los árboles sonaron
dulcemente revueltas,
las mieses ondearon,
y de los senos de la tierra helada
surgió, vivificante,
el húmedo perfume penetrante
que solo sabe dar la madrugada.

¡Cuán bien se disponía
Naturaleza a recibir el día!
La línea pura del albor naciente,
vaga primicia grata
del de la luz fecundador tesoro,
primero fue de plata,
más tarde de oro,
después encendidísima escarlata,
roja amapola, y luego
cegador, chispeante, ardiente fuego.

En medio de la lumbre
que derretía el encendido Oriente,
sobre el perfil de la elevada cumbre,
el sol triunfante levantó la frente...
y a la puerta feliz de la alquería
asomó al mismo tiempo Ana María.
¡Gran Dios, bendito seas!
¡Qué soles, Dios de amor, qué soles creas!

## II

### Ana maría

¿Por qué tan madrugadora
la rosa de la alquería?
Porque es una labradora
castiza y trabajadora
que siente pequeño al día.

¿Por qué tan pronto romper
del mañanero dormir
y del soñar el placer?
Porque dormir no es vivir
y soñar no es proveer.

Porque sabe que conviene,
como le enseña su madre,
mirar al tiempo que viene...
¡Por eso tiene su padre
la buena hacienda que tiene!

Tiene en la alegre alquería
labor y ganadería,
con pastos siempre sobrados;
huertos en la Alberguería,
y en Hondura casa y prados;

y de su padre heredadas,
y en su gente vinculadas,
puede en la Armuña contar
con cuatro o cinco yugadas
de tierras de pan llevar,

y, estimulante más grato,
corren añejas hablillas
diciendo, no sin recato,
que tiene zurrón de gato
lleno de onzas amarillas.

Y aun dice la gente a coro
que son su hacienda y su oro
cosas de menos valía
que aquel divino tesoro
de su hermosa Ana María.

¡Y dice verdad la gente!
Pues ¿quién como esta doncella
promete vida tan bella
cual la del nido caliente
que del hogar hará ella?

Del monte en el mundo estrecho
túvola Dios que poner,
porque paloma la ha hecho.
No tiene hiel en el pecho,
¿cómo ha de darla a beber?

Dará bálsamos calmantes,
hondas ternuras sedantes,
cosas del alma sin nombres...
¡Lo que buscamos los hombres
del grave vivir amantes!

Natura le dio belleza;
su madre le dio ternuras;
su padre, viril nobleza,
y Dios la humilde grandeza
que tienen las almas puras.

Los rayos del sol, fogosos,
cetrina su tez pusieron,
y los aires olorosos
de los montes carrascosos
la sangre le enriquecieron.

Diole el trabajo soltura;
la juventud, bizarría;
el buen ejemplo, cordura;
la sencillez, alegría,
y la honestidad, frescura.

Con generosa largueza,
Natura le dio riqueza
de sustancioso saber.
¿Qué enseña Naturaleza
que no se deba aprender?

Que la abeja es laboriosa,
que la tórtola es sencilla,
que la hormiga es hacendosa;
que se esconde, que no brilla
la violeta pudorosa...

Que las aves hacen nidos,
siempre solos y escondidos
en los senos de la fronda,
porque no es la dicha honda
buena amiga de los ruidos;

que los ríos y las fuentes
tienen aguas transparentes
cuando corren muy serenas...,
que son limpias las arenas
y son mansas las corrientes;

y de aquella golondrina
que ha anidado en la campana
de la rústica cocina,
se despierta alegre y trina
cuando apunta la mañana.

Que las corderas vehementes
que se apartan imprudentes
de las madres clamorosas,
morirán entre los dientes
de famélicas raposas.

Eso Natura enseñaba
y eso la moza aprendía.
Quien era mozo soñaba,
yo era poeta y cantaba,
Dios es bueno y bendecía.

III

Los amores
Así miraban los mozos
la alquería solitaria
como su cueva el avaro,
como el sediento las aguas,
como el labriego su siembra,
como el cabrero sus cabras,

como los santos la gloria,
como sus dichas el alma.
En vano mandó emisarios
el mozo aquel de Villalba,
que tiene buena presencia,
buena hijuela y buena fama.
En vano mandó memorias,
por boca de un viejo guarda,
Tomás, el de Moraleja,
que ha de disfrutar mañana
su buena montaracía,
su no pequeña senara,
sus buenas yeguas de vientre,
su buena punta de vacas.
En vano, como los otros,
mandó después una carta
por medio de una pavera
que está en la dehesa rayana,
José Manuel, el de Fresno,
hijo de gente muy sana,
vividor como una oruga
y muy metido en su casa.
En vano aquel estudiante
que estudiaba en Salamanca
y a holgar iba en los estíos
a la solariega casa,
llegaba hasta la alquería
contando azares de caza
que lo llevaban rendido
buscando descanso y agua,
y algo más que Ana María
discretamente callaba.
Tampoco era el elegido
Manuel Andrés, el de Navas,
aquel que yendo a la aceña
perdió una jornada larga
para que viera la moza
pasar por ante su casa
cuatro parejas de bueyes
que daba gusto mirarlas,
con dorados esquilones
y melenas coloradas;
cuatro carros muy galanos,
llevando la rica carga
de cien fanegas de trigo
para el consumo de casa;
costales nuevos, de estopa
como la nieve de blanca,
escriños y sacas nuevas,
alforjas abarrotadas
y el amo llevando el carro
que iba rompiendo la marcha.
Todo lo vio Ana María,
que estaba fuera de casa
tendiendo al sol unas telas
como la nieve de blancas,
y, ni amorosa ni esquiva,
cuando llegó a saludarla,
al majo mozo engreído

le dijo en tono de hermana:
«Hijo, tienes unas yuntas
que da contento mirarlas.
Así quisiera las nuestras,
pero mi padre me salta
con que las carnes que sobran
son garrobitas que faltan.»
Como este mozo pasaron
por la afortunada casa
mozos de toda la Huebra,
mozos de tierra de Alba,
madres de mozos huraños,
gañanes con embajadas,
comadres con panegíricos,
parientes con esperanzas...
Mas cuando llegaba el caso
de dar la respuesta ansiada,
marchábase Ana María,
su padre no contestaba,
y sola la pobre madre
henchir algo procuraba
la alforja a los emisarios
con semejantes palabras:
«Que se agradece el acuerdo;
que la familia es honrada;
que el mozo, si sale a ella,
será un hombre de su casa;
pero que ahora es una niña
sin reflexión la muchacha,
y hay que dejar que se críe,
que es mucho lo que hace falta
para enseñarle a una hija
a ser mujer de su casa.»
Y así pasaban los meses,
y así los años pasaban,
y un vaquerillo que antaño
sirviendo estuvo en Arlanza
y hogaño estaba en Olmedo,
trajo de Olmedo una carta
que recibió Ana María
y abrió su madre en la sala,
que no es la cocina sitio
para secretos de casa.
Y así la carta decía
con letras muy retocadas,
y así, dos meses más tarde,
la moza le contestaba:

Las cartas

1
«Apreciable Ana María:
Me alegraré que te halles
al recibo de estas letras
que te dirige tu amante,
tan bien como yo deseo,
en compañía de tus padres,
pues yo estoy bueno, a Dios gracias,
pa lo que gustes mandarme.

Pues sabrás, Ana María,
que el motivo de mandarte
por el dador esta esquela,
es porque dice mi madre
que antes de *dir* a tu casa
debo de manifestarte
las intenciones que tengo
*determinao* de expresarte,
y son el tratar contigo,
si son gustosos tus padres,
y si tú también lo eres
como este tu fino amante.
Pues el motivo de ello
sabrás que es el de apreciarte
y el de casarme contigo,
si no encontraras achaques
que ponerle a mi persona,
como tampoco a mis padres.
Pues sabrás que a mí me corre
bastante prisa el casarme,
por causa de que mi hermana
por mí tiene que esperarse,
y el novio le mete prisa
por mor de no tener madre.
Pues sabrás que yo deseo
que, *cuantis* puedas, me mandes
a decir el resultado
de si todos sois gustantes,
pues el saber que me quieres
será un alegrón bien grande,
pues sabrás que yo te quiero
ya hace tres años cabales,
y por ser uno algo corto
pues no te lo he dicho antes.
Sin más, les darás memorias
a tu padre y a tu madre,
y tú recibes el alma
y el corazón de tu amante,
que te aprecia y que lo es,
Juan Manuel Sánchez y Sánchez.»

2

«Apreciable Juan Manuel:
Me alegraré que recibas
la presente disfrutando
de igual salud que la mía,
en compaña de tus padres
y de la demás familia.
Pues sabrás por la presente
que recibí hace tres días
la esquela que me mandaste
diciéndome que te escriba
mandándote el *resultao*
de lo que en ella decías.
Pues sabrás que se lo dije,
a mis padres en seguida,
lo cual les ha parecido
que vienes con mucha prisa,
y dicen que yo no tengo

prisas ninguna hoy día.
Pues sabrás por la presente
lo mucho que te se estima
el acuerdo que has tenido
y el decir que a mí me escribas
con licencia de tus padres
y de toda la familia.
Pues de aquello que tú quieres
el *resultao* en seguida,
sabrás que no hemos *pensao*
el asunto *entodavía*;
por lo cual no puedo ahora
darte entrada ni salida;
pero si vas a Cabrera
quizás allí te lo diga,
porque hemos *determinao*
de *dir* hogaño a la misa
que va mi padre, a motivo
de ser de la cofradía.
Sin más, les darás memorias,
de parte de mi familia,
a tu padre y a tu madre,
y se las das también mías.
Y tú también las recibes
de tu afectísima amiga,
que te aprecia y que lo es,
Ana García y García.»

## IV

## Cabrera

Donde Dios nos dé un campo deleitoso
levantamos los hombres una ermita,
que así como el Edén es delicioso
porque el Señor lo habita
el campo es más hermoso
cuando el Dios que lo hizo lo visita.
Dios quiso un día derramar verdura
sobre los campos de Cabrera amenos,
y aquella casta de la sangre pura,
la rica casta de los hombres buenos,
aquellos que la vida atravesaron
con paso de viajero que no yerra,
una ermita en Cabrera levantaron,
y vivieron con Dios sobre la tierra.
Era la raza cuya muerte lloro
cuando con Dios para llorar me encierro,
almas de acero, corazones de oro,
pechos de cera y miel, brazos de hierro.
Hijos de Dios y para Dios criados,
conocieron a Dios; fueron piadosos;
pidieron solo pan; fueron honrados;
el mundo no los vio; fueron dichosos.
Con Dios vivir supieron,
y en Dios al fin morir. ¡Cuán sabios fueron!

Eran los campos su vivienda hermosa;

los del hogar, sus pensamientos fijos;
su eterno amor, la esposa;
su eterno afán, los hijos;
su instrumento, el arado;
el bien querer, su natural deseo;
y el bien obrar, su natural estado,
y el Cristo de la ermita de Cabrera,
su rey, su amor, su providencia era.
La mano tosca y dura
del anónimo artista
que labrara la bárbara escultura
supo infundir en ella,
con sublime inconsciencia de vidente,
las grandezas insólitas de aquella
fe gigantesca de la vieja gente.
Era el sagrado leño
la visión infantil, místico sueño,
mayestático símbolo imponente
de la robusta concepción cristiana
del alma ruda y sana
que a Cristo-Dios en la conciencia siente.
¡Nuestro Cristo es aquél! Nos lo legaron
los rudos patriarcas
que vivieron con Él y a Él consagraron
las nativas y fértiles comarcas.

¡Nuestro Cristo es aquél! Éramos niños
y los maternos labios rumorosos
que cantando difunden los cariños
y besando los sellan amorosos,
nos cantaban con música de gloria
y habla de oro que la suya era,
la de prodigios peregrina historia
del Cristo de la ermita de Cabrera.
¡Nuestro Cristo es aquel! ¿Qué hermano mío
en mi Patria nació que no haya amado,
si Dios para el amor los ha criado
y siempre al bien su voluntad dispuesta
hace nacer a la mujer honesta
en la tierra feliz del hombre honrado?
¿Y quién que tuvo amores
en al tierra feliz de mis mayores
del idilio amoroso no escribía
la página primera
en aquella famosa romería
del Cristo de la ermita de Cabrera?
¡Nuestro Cristo es aquel!

A correo vuelto
(Al poeta José Rodao)

¿Sablazos entre poetas?
¡No llega la sangre al río!
Allá va ese libro mío
que no vale dos pesetas...

¡Y no es modestia de autor,

no, señor!
¡Es que le faltan dos reales
para tener de valor
las dos pesetas cabales!

¡Pero aunque ciento valiera!
¡Bueno fuera!
que siendo usted segoviano
y siendo yo salmantino,
no se hiciera honor entero
a aquel dicho decidero,
netamente castellano
que dice «de herrero a herrero...»!
(Si tiene algo suyo a mano...
Y sabe usted, compañero.)

Allá van mis Campesinas
con fraternal abrazo.
¡Y gracias por el «sablazo»!
¡Y dígame «sin pamplinas
y sin gastar etiqueta»
si es verdad que, bien tasadas,
no valen las dos pesetas
mal contadas!

¡Es tan saludable oír,
si se dice la verdad,
un «Deje usted de escribir
por toda una eternidad»
o un sincero
«Siga por ese camino
porque ese es el verdadero»!
¡Es tan grato
saber que a uno se le trata,
no con perfidias de gato
muy buenas... para la gata...,
ni con falsa cortesía,
ni con saña venenosa
que el recio juicio extravía,
ni con cegador cariño
que envanece al hombre-niño,
sino con un buen amor
que exprese el justo sentir
con un prudente decir
sedante y educador!...
¡Ganase tanto el que hablara!...
¡Y aprendiera
tanto el que bien escuchara
la sincera
voz leal que le ilustrara!

Pero bastan reflexiones;
allá van mis Campesinas
con esas dos condiciones:
que me diga sin pamplinas
y sin gastar «etiqueta»
si es verdad que, bien tasadas,
no valen las dos pesetas
mal contadas,

y que, como entre poetas
«no llega la sangre al río»,
y es gran dicho decidero
el de que de «herrero a herrero...»
Ya sabe, tocayo mío,
lo que espero.

## La «Galana»

### I

¡Pobrecita madre!
¡Se murió solita!
Cuando vino el cabrero a la choza
con la cabra «Galana» parida
y el trémulo chivo
sin lamer ni atetar todavía,
vio a la madre muerta
y a la niña viva.
Sobre un borriquillo,
sobre una angarilla
de las del aprisco,
se llevaron la muerta querida
y él se quedó solo,
solo con la niña...
La envolvió torpemente en pañales
de dura sedija,
y amoroso la puso a la teta
de la cabra «Galana» parida...
—¡«Galana», «Galana»!
¡Tate bien quietita!...
¡Tate asín, que pueda
mamar la mi niña!»
Y la cabra balaba celosa,
por la fiebre materna encendida,
y poquito a poquito, la teta
fue chupando la débil niñita...
¡Pobre cabritillo!
¡Corta fue tu vida!

### II

Solita en el chozo
se queda la niña
mientras lleva el pastor las ovejas
a pacer por aquellas umbrías.
Cerca del chocillo
pace la cabrita,
nerviosa, impaciente,
con susto, con prisa,
y si el viento le hiere el oído
con rumores de llanto de niña,
corre al chozo balando amorosa,
se encarama en la pobre tarima,
se espatarra temblando de amores,
se derringa balando caricias

y le mete a la niña en la boca
la tetaza henchida
que derrama en ella
dulce leche tibia...
¡Qué lechera y qué amante la cabra!
¡Qué robusta y qué santa la niña!

III

¿Serían los lobos?
¿Algún hombre perverso sería?
Una tarde la cabra «Galana»,
la amante nodriza,
se arrastraba a la puerta del chozo
mortalmente herida.
Allá adentro sonaron sollozos,
sollozos de niña,
y un horrible temblor convulsivo
agitó a la expirante cabrita,
que luchó por alzarse del suelo
con esfuerzo de angustia infinita.
Y en un último intento supremo
de sublime materna energía,
que arrancó dolorosos acentos
de la cencerrilla,
y en un largo balido amoroso...
¡se le fue la vida!...

IV

Ni leche de ovejas
ni dulces papillas,
ni mimos, ni besos...
¡Se murió la niña!
¡Esta vez quedó el crimen impune!
¡Esta vez no brilló la justicia!

El amo

En el nombre de Dios que las abriera,
cierro las puertas del hogar paterno,
que es cerrarle a mi vida un horizonte
y a Dios cerrarle un templo.

Es preciso tener alma de roca,
sangre de hiena y corazón de acero,
para dar este adiós que en la garganta
se me detiene al bosquejarlo el pecho.

Es preciso tener labios de mártir
para acercarse a ellos
la hiel del cáliz que en mi mano trémula
con ojos turbios esperando veo.

Ya está solo el hogar. Mis patriarcas

uno en pos de otro del hogar salieron.

Me los vino a buscar Cristo amoroso
con los brazos abiertos...

## Canción

No piense nunca el lloroso
que este cantar dolorido
es un capricho tejido
por la musa de un dichoso.
No piense que es armonioso
juego de un estro liviano;
piense que yo no profano,
ni con mentiras sonoras,
las penas desgarradoras
del corazón de un hermano.

Una canción de dolores
me piden mis padeceres,
tal como ayer mis quereres
pidieron cantos de amores;
que así como son mayores
si se cantan los contentos,
así los tristes acentos
de las trovas doloridas,
si no curan las heridas,
amansan los sufrimientos.

Mis penas son tan vulgares
como esas espinas duras
que erizan las espesuras
de todos los espinares.
Más hondas son que los mares
Más hondas y más sombrías
que un horizonte sin días,
pues no hay abismo tan hondo
como el abismo sin fondo
de unas entrañas vacías.

Dios me las hizo de fuego...
¿Por qué no les dio dureza
si quiso su fortaleza
probar golpe a golpe luego?
¿Por qué enriqueció con riego
de sementera de amores
huerto que sabe dar flores,
si luego le manda días
de matadoras sequías
y vientos asoladores?

¡Ay! Al llegar a las puertas
de la tarde de mi vida,
voz de los cielos venida
me ha dicho: «¡Ya están abiertas!
¡Entra y sigue, y no conviertas
la mente a tiempos mejores,

que en vez de aquellos amores
de santidades pristinas
verás las desiertas ruinas
del solar de tus mayores!»

«¡Mejor es cegar, Dios mío!
¡Mejor es ir paso a paso
cayendo hacia el propio ocaso
solo, con pena y con frío!
¡Mejor es ir al vacío
que a ruinas y sepulturas!
¡Mejores son las negruras
de la noche más sombría,
que las negruras del día,
que son dos veces oscuras!»

Así, loco de dolor,
dije con vil vocecilla...
¡Esto que tengo de arcilla
fue quien lo dijo, Señor!
Pero esto que es resplandor
de Ti, venido hasta mí,
cuando tu rayo sentí
bien sabes Tú que te dijo:
«¡Señor! ¡La frente del hijo
tienes rendida ante Ti!»

Con solo llorar mi suerte,
con solo dejar abierta
de tal herida la puerta,
muriera de triste muerte.
Mas, hijo yo del Dios fuerte,
me he resignado a vivir,
y voy dejándome ir
sobre el polvo de la senda
caminando a media rienda
por el campo del sentir.

Porque si rindo la frente
sobre las manos crispadas,
si hacia las ruinas sagradas
dejo que vaya la mente,
si de mi llanto el torrente
dejo que anegue mi vida,
si abriese más esta herida
que en lumbre de fiebre arde,
viviera como un cobarde,
muriera como un suicida.

¡Quiero vivir! Las dulzuras
de los gozados placeres,
con hieles de padeceres
se toman del todo puras.
Visión de mis desventuras:
¡Yo no te cierro mis ojos!
Camino de los abrojos:
¡yo no me cubro las plantas!
Cruz que mis hombros quebrantas:
¡yo te acepto sin enojos!

¡Quiero vivir! Dios es vida.
¿No veis que en vida convierte
la ancianidad que en la muerte
cayó con dulce caída?
¿No soy yo vida nacida
de vidas que a mí se dieran?
Pues vidas que en mí se unieran,
si vivo, no han de morir,
¡por eso quiero vivir,
porque mis muertos no mueran!

¡Y no morirán conmigo,
que el huerto de mis amores
está rebosando flores
que pinta Dios y yo abrigo!
¡Y atrás el cierzo enemigo
de esas mis vivas canciones,
pues son santos eslabones
de una cadena florida
para corona tejida
del Dios de las creaciones.

¡Quiero vivir! A Dios voy
y a Dios no se va muriendo,
se va al Oriente subiendo
por la breve noche de hoy.
De luz y de sombras soy
y quiero darme a las dos.
¡Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!

## Dos nidos

Enfrente de mi casa yace en ruinas
un viejo torreón de cuatro esquinas,
y en este viejo torreón derruido
tiene asentado una cigüeña el nido.
¡Y parece mentira, pero enseña
muchas cosas un nido de cigüeña!

Por el borde del nido de mi cuento,
donde reina una paz que es un portento,
asoman el pescuezo noche y día
los zancudos cigüeños de la cría.
Cuando los deja la cigüeña madre,
trae alimentos el cigüeño padre,
y cuando con su presa ella regresa,
vuela el padre a buscarles otra presa;
y de este modo la zancuda cría
en banquete perenne pasa el día.

Estaba yo una tarde distraído
desde mi casa contemplando el nido,
cuando del campo regresó cargada

la solícita madre apresurada.
Presentó con orgullo ante su cría
una culebra muerta que traía,
y mientras sus hijuelos la «trinchaban»
y, defendiendo la ración, luchaban,
reventaba la madre de contenta
mirándolos comer... ¡y estaba hambrienta!

¡Y cómo demostraba su alegría
viendo el festín de su zancuda cría!
¡Qué graznidos, qué dulces aletazos
y qué cariñositos picotazos
les daba a aquellos hijos comilones
que estaban devorando sus raciones!

Al ver desde mi casa aquella escena,
llena de amor y de ternura llena,
bendije al nido aquel, y, ¡lo confieso!,
estuve a punto de tirarle un beso.
Ahogué mi beso, pero tristemente
me dije por lo bajo de repente:
«¡Quizás haya en el mundo quien querría
convertirse en cigüeño de la cría!»

Cerca del viejo torreón derruido
en donde está de la cigüeña el nido,
hay otro nido, pero nido «humano»
que habita la familia de un cristiano.

El mismo día y a la misma hora
en que la escena aquella encantadora
del nido de la torre yo admiraba
y un beso con los ojos le enviaba,
del otro nido humano un rapazuelo
salía sollozando sin consuelo.
Una mujer de innoble catadura
salió tras la harapienta criatura,
cruzóle el rostro, la empujó hacia fuera,
metióse en casa y la dejó en la acera.

-¿Por qué te echan de casa, rapazuelo?
-le dije al verlo, y contestó el chicuelo:

-Porque a pedir limosna había salido
y un poco pan «na» más hoy he traído,
y dinero me dice que le traiga,
y que vaya a buscarlo «ande» lo «haiga».

Alcé los ojos sin querer al nido
del solitario torreón derruido,
y dije, contemplando aquella escena
y aquella madre cuidadosa y buena:
«Si este niño pensara, ¿no querría
convertirse en cigüeño de la cría?

Ya pasaron, ya pasaron
las plúmbeas modorras esas
del sol de julio, que inflama;
del sol de agosto, que tuesta;
de aquel, que la espiga dora,
y de éste, que la platea.

Y tú, labrador, ya tienes,
ya tienes aquí la tregua.
Siéntate un rato y descansa
de tu casita a la puerta,
y bebe allí con tu gente
brisas de tarde serena,
que el amor quita pesares
y el aire sudor orea,
y no es tu cuerpo de mármol,
ni es la tuya alma de fiera,
que treguas aquel demanda
y ésta te pide querencia.

Ya tienen nubes los cielos
y ya las tardes son frescas,
y está al rastrojo el ganado,
y están barridas las eras,
y están en casa los viejos,
y están los mozos de fiesta,
y Dios está en todas partes...
y el trigo está en la panera.

Mal te conocen los hombres
que, porque tienes en ella
puestos el alma y los ojos
de avaro y ruin te motejan.

Pensaran con más cordura
si lo que guarda supieran
ese recinto modesto,
donde el sentido ventea
auras de pobreza y orden
con efluvios de limpieza.

Ignoran que ahí tienes armas
para matar la miseria,
tienes tu honor de hombre honrado
fiel pagador de tus deudas,
puntal de la pobre patria,
sostén de holguras ajenas...

Ignoran o no meditan
que en ese rincón encierras
todo el sudor de tu frente,
todo el fruto de una brega
que acaba con el estío
y en el otoño comienza,
que deja el alma aplastada
y el cuerpo rendido deja.

Ignoran que ahí tienes cosas
que valen tu dicha entera:

¡el pan de los hijos débiles
y el pan de la esposa buena!
Que aunque de modo tan rudo
decírtelo yo no deba,
porque parece pecado,
pecado de alma grosera,
te lo diré rudamente,
como la vida lo reza:
¡Si quieres tener amores,
tienes que tener panera!

No extraño que tengas puestos
los ojos y el alma en ella,
ni que la mires avaro,
ni que su puerta defiendas,
que en ello te va la dicha
y en ello la vida juegas.

¡Arriba otra vez, arriba!
Muy breve ha sido la tregua,
pero es larga del trabajo
la abrumadora cadena,
y nadie romperla debe,
que a Dios le toca romperla.

¡Arriba!, que ya te llaman
las campesinas faenas,
que ya la lluvia de otoño
bañó la tierra sedienta,
que hay brumas por las mañanas
en los picos de las sierras,
que ya los amaneceres
lloran rociadas frescas;
que ya se inicia en los campos
el apuntar de la hierba,
y el sonreír de las aguas
y el son de las alamedas.

¡Arriba!, que el sol es tibio;
las nubes, blancas guedejas;
intensas las humedades
y sana la brisa cierza...,
y a gloria sabe el ambiente,
y a música el campo suena,
y huelen las tierras húmedas
a tierra de sementera.

Mueve tu gente con prisa,
vuelve otra vez a la brega,
requiere aperos y yuntas,
abre la limpia panera
y suenen en los corrales,
y suenen de nuevo en ella,
ruidos de palas y harneros
que las simientes asean,
tonadillas entre dientes,
pláticas sobre la siembra,
silboteos sonorosos,
golpes de mazos y azuelas,

que aprietan, tajan y embuten
cinchos, cuñas y orejeras...

Y devorando el almuerzo,
y unidas ya las parejas,
el jarro de agua agotado,
sobre un hombro la chaqueta,
en la izquierda la aguijada
y un mendrugo en la derecha,

comiendo tras de la yunta
que arado y simiente lleva,
¡vete a verterla en el seno
de aquellas húmedas tierras
que otoño bañó con lluvias
y tú con sudores riegas!
Muy larga la brega ha sido,
muy corta ha sido la tregua,
pero sujetos estamos
del trabajo a la cadena,
y nadie romperla debe,
que a Dios le toca romperla.